



El equipo de profesionales de Urgencias del Clínico de Valladolid. RAMÓN GÓMEZ

Cuando llega a casa cansado, tras haber vencido otro día más a un virus que parece defenderse con inteligencia, con el respeto a saber que vendrán horas mucho más oscuras, no puede coger en brazos a su pequeña, darle su beso de buenas noches y leerle ese cuento, el de siempre, para que llegue un sueño tranquilo a sus seis añitos. No hay miedo en la consulta de urgencias, lo hay al llegar a casa y rendir el cuerpo en el sofá junto a la familia, mayores, pequeños o medianos.

«Nunca», coinciden, creyeron que iban a vivir algo así. «Bueno, como el resto de los ciudadanos, ¿no? Nadie se esperaba este tipo de guerra en la que la única defensa es encerrarse», valoran.

Si alguna vida social se ha borrado, se ha disuelto en esta surrealista situación de alerta sanitaria, esa es la suya, la de médicos, enfermeros, auxiliares, celadores... y no solo, aunque sobre todo, la de los que están en esa puerta rotulada bajo el letrero de Urgencias, y ahora también extendida a casetas de obra o carpas, sino la de los que sostienen activa la atención a enfermos de cáncer o infartos... O un embarazo también, porque la vida se defiende y da pasos. La del otro equipo, paralelo, que da respuesta a las urgencias de siempre, al brazo roto, a la intoxicación alimentaria, al corte en la ceja... Aunque han descendido a una tercera parte por responsabilidad ciudadana y porque el confinamiento redu-

«Los aplausos suplen los abrazos que nos faltan»

Ayuda médica y humana. Más de seis mil profesionales, entre ellos un millar de médicos y bastantes más enfermeros, velan cada día desde los hospitales por los 'nuevos enfermos', los que esperan que lleguen y los que siempre han estado

ce ocasiones de accidentarse. También la de cada profesional en los centros de salud que evita que llegue demasiado a los hospitales, con visitas diarias a domicilio con una mascarilla para acercarse a la enfermedad cada jornada.

En Pedrajas de San Esteban, «donde los piñones», nació hace 49 años Ángel Álvarez, un médico de Familia, con máster en Urgencias desde 2002, que trabaja desde hace casi un decenio en el Clínico de Valladolid. Vocacional, sin duda, no por los años, por la pasión con la que habla de ello.

Ángel reconoce que esto les llegó «un poco por sorpresa, aunque había noticias, pero ha sido todo muy rápido». «Somos médicos, no epidemiólogos, y te fias, crees que es una responsabilidad gubernamental estar preparados. Sin embargo, recordemos que hace poco más de diez días se dejó a la gente acudir a una manifestación multitudinaria. Me pregunto ¿cuántas personas se contagiarían ahí? Y ahora estamos aquí, con todo esto que se nos viene encima», relata.

«No se te pasa por la cabeza este tipo de estallido epidémico, cierre de colegios, fábricas, tiendas... No parecía posible vivir algo así. Parece que estamos dentro de una película americana de esas de grandes tragedias y catástrofes. Una bola de nieve con un enorme impacto... Y el número real de afectados no se va a saber porque las pruebas solo se hacen a los hospitalizados y a los sanitarios y otro personal esencial, al menos de momento; pero es evi-

Las plantillas se reorganizan en equipos que no comparten turnos y algunos médicos apoyan a otras especialidades

dente que hay muchos más. Aunque con los que nos llegan ya se ve, es cierto, que el 80% son casos leves y pocos los graves; pero terminarán siendo un número muy importante», repasa el doctor Álvarez.

Miriam de la Parte, aunque bilbaína, lleva años en Valladolid, en el Clínico, en lo que más le gusta, que son las urgencias. «No lo cambiaría nunca, ni siquiera con todo esto». Es enfermera y su mayor preocupación es su familia. «Tengo dos hijos de 18 y 14 años que son muy sensatos y comprenden bien mi trabajo y la situación; pero la que más me preocupa es mi madre, tiene 87 años, y tenemos que evitar relacionarnos con ella. Mi hermana además también es sanitaria, y le hemos quitado hasta la ayuda a domicilio para protegerla. Está bien pero...».

Para nada se sienten héroes. «Es nuestro trabajo», repiten, «aunque es el nuestro –insisten– no el de las familias, ellos no lo han elegido». Los aplausos diarios de la ciudad, y de la provincia, y de la comunidad y del país, les llegan. Claro que les llegan. «No solo porque lo oigamos directamente sino porque nos pasan vídeos y fotos, nos lo cuen-

ANA SANTIAGO

